

## UN CAPPUCCINO CON LA CORTESE

LEMA: BELTRÁN

El año en que los del cine vinieron por vez primera a Peñíscola para rodar una película yo tenía diecisiete años y faltaban apenas unos meses para que partiera hacia Esterra D'Àneu, en el Pirineo catalán, al objeto de cumplir mi servicio militar. También faltaban unos meses tan sólo para que saliera por vez primera de la provincia y casi del pueblo, porque yo hasta ese momento lo más lejos que había ido era a Benicàssim, a la boda de un sobrino de mi madre un radiante día del mes de Mayo de tres años atrás que recuerdo como una pequeña aventura, con su interminable viaje en autobús, el desembarco de toda la familia en aquel pueblo hermoso y mucho más grande que el nuestro, el convite en el viejo Hostal Almadraba y el baile de fin de fiesta que lo coronó, en el que mi prima Amparo, que tenía la misma edad que yo y de quien me enamoré como un auténtico bobo, me enseñó a bailar *Lisboa antigua*, *Angelitos negros* o *María Dolores*. Entonces supe que los primos hermanos no podían casarse entre sí porque necesitaban para ello de un permiso eclesiástico muy difícil de conseguir, al menos para gente humilde como nosotros. Supe eso y supe también que, probablemente, la siguiente vez que saliera del pueblo sería para no volver.

El año que los del cine vinieron al pueblo a rodar una película por vez primera - después volverían en muchas más ocasiones: *El Cid*, *Los cañones de Navarone*, hasta una de Pajares y Estesó llamada *El hijo del cura*- fue el mil novecientos cincuenta y seis, la película se llamaba *Calabuch* y la dirigía un joven y prometedor cineasta valenciano llamado Luis García Berlanga. El pueblo se llamaba en la película como el título que a ésta daba nombre, *Calabuch*, y a Berlanga un día le preguntaron que cómo se le había ocurrido ese nombre y dijo que se lo puso por un amigo suyo que se apellidaba así. Cuando el amigo se enteró, lejos de enorgullecerse, agarró un enfado mayúsculo que tuvo como consecuencia más inmediata que se comprara un perro y le pusiera como nombre Berlanga. *Calabuch* es una coproducción hispano-italiana rodada íntegramente en Peñíscola a lo largo de cuyo metraje aparecen profusamente el Castillo, con su Patio de Armas donde baten lanzas los centuriones romanos, la ermita de San Antonio, la fuente de San Pedro y las calles del casco viejo de la Villa, como la de la Porteta, por donde vaga el viejo sabio nuclear George Hamilton, protagonista y metáfora de la historia, buscando a un trompetista dedicado al contrabando a quien apodan el Langosta. También aparece en un par de ocasiones el café-bar de la playa, el único existente entonces, con su viejo toldo a la entrada y sus sillas y mesas de madera despintada a la puerta, allí donde unas semanas antes de que llegaran al pueblo a rodar *Calabuch* mi padre me envió para trabajar de camarero a la vista de que lo mío no era el campo ni la huerta y a fin de que empleara el tiempo en algo de provecho antes de partir hacia el servicio militar.

Las primeras semanas de trabajo en el bar fueron lo suficientemente aburridas como para tomar conciencia de que mi vida no iba a ser un continuo llevar y traer bandejas con servicios de infusiones y refrescos variados, pero aquello resultaba, al menos más dinámico que el duro trabajo de la huerta, con sus madrugones, su dureza física y, sobre todo, la necesidad de estar a la intemperie de sol a sol tanto cuando hacía frío como calor. En el bar, además, trataba cada día con todo tipo de gente, y el hecho de permanecer unos instantes en sus mesas colocando el servicio, tomando nota de la comanda y cobrando la cuenta implicaba también que pudiese escuchar las conversaciones de esas personas, incluso las más íntimas. Todo eso tenía un gran

significado para alguien como yo, que fuera de la familia y de algunas gentes del pueblo, nunca había tratado con nadie.

Por el bar pasaban a diario viajeros de género diverso, textil en su mayoría, aunque también los primeros que vendían útiles domésticos como cafeteras, sartenes, ollas y cazos, y asentadores venidos de Castellón o pueblos de la provincia que cerraban negocios de verduras y frutas de los huertos de la zona o pescado de las barcas del pueblo que faenaban por nuestra costa. También había turistas -la mayoría españoles y no demasiados en número; el boom extranjero vendría años después-, algunos artistas de paso que venían de actuar o se disponían a ello en salas de fiesta de las principales ciudades de la provincia, vendedores ambulantes y gentes de circos y atracciones que solían acampar en el pueblo a principios de septiembre, con motivo de las fiestas de la Patrona. Todos ellos llevaban consigo sus mundos personales del modo que sus orígenes y biografía permitían y el destino había ido modelando, y en todos había alguna anécdota, testimonio o revelación que daba sentido a sus minutos y llenaba sus soledades. Con sus palabras perdidas sobre la raída pintura de las mesas que sostenían sus cafés o sus cervezas, en muchos casos pronunciadas a media voz y casi nunca dirigidas a quien esto cuenta, uno accedía a mundos y universos que jamás hubiera soñado, y comenzaba a imaginar otros que de seguro ocuparían las vidas de esas gentes en los días y hasta los años sucesivos: la mujer que les esperaría tras un largo viaje, el negocio redondo que lograría contrarrestar una evidente bancarrota de sus industrias, el amor lejano que ya nunca volvería, los hijos perdidos y recordados, también los anhelados, y en general todos los sueños, los factibles y los que jamás se realizarían.

Sin embargo, todo ese mundo de gentes de variado pelaje que ante mí se abría tendría un antes y un después con la llegada de los del cine al pueblo para rodar *Calabuch*. Llegaron con la primavera, y recuerdo su irrupción como una pacífica invasión que trastocó la vida del pueblo durante varias semanas. La mayoría se alojaban en pensiones y hostales de Benicarló, pero pasaban todo el día en el pueblo, bañándose en la playa y acudiendo al café en los descansos de los rodajes o cuando no les tocaba trabajar. Serví bebidas a todos los técnicos, incluido el director, el señor Berlanga -cuyo par de ojos apenas tenían atención para otra cosa que no fuera un cuaderno donde enmendaba diálogos del guión y llenaba los márgenes de flechas y acotaciones-, y a la mayoría de actores. De éstos recuerdo en particular a Manuel Aleixandre, que entonces aún se hacía llamar Alejandro, un joven simpatiquísimo que se pasa toda la película pintando el nombre de Esperanza en una barca, y a José Luis Ozores, el gran *Peliche*, que moriría pocos años después, un hombre que era todo optimismo y a quien con sólo oírle hablar ya te partías de risa, y cómo no, a José Ysbert, que en cuanto me veía me decía con su voz ronca e inconfundible, *¡Qué, muchacho! ¿ya está mi cafelito?* Todos ellos encantadores y únicos, tipos que parecían salidos de un mundo ficticio e inexistente como el del cine para alimentar la fantasía sin límites de un muchacho de diecisiete años al que le comenzaba a despuntar una inconcreta pelusa en el bigote y la barba y una sed ilimitada de conocimiento y experiencias en el ánimo. Pero lo extraordinario de todos ellos no tenía parangón con el impacto que en mí dejara la protagonista femenina de la película, una actriz italiana que encarnaba a la maestra del pueblo y que acababa de protagonizar *La condesa descalza* junto a Ava Gardner y Humprey Bogart. Hablo de Valentina Cortese.

El primer día que la Cortese llegó al café fue una mañana nublada en que el equipo decidió suspender el rodaje debido a que no había suficiente luz. Tocaba esa jornada rodar la escena en que el personaje de José Luis Ozores intenta torear a su

vaquilla Bocanegra en el ruedo construido en la playa y Berlanga necesitaba un día radiante de luz que nada tenía que ver con la jornada nublada que desde bien temprano se alzó. Llegó sola, fumando un *Chester* emboquillado y se sentó en una de las mesas más alejadas de la entrada. Tenía el pelo suelto y ordenado en su frente por una diadema de felpa color verde manzana -en la película aparecía sin embargo con un moño muy recatado-, vestía una blusa blanca, unos pantalones color miel que dejaban ver sus sublimes tobillos y un zapato de charol cerrado también blanco. Al verla sentarse, el señor Gimeno, el encargado del bar, se apresuró a acercarse a ella, pero la mujer, sin mirarle apenas y como presintiéndome, me señaló -yo estaba embobado mirándola bajo el toldo- y dijo *Ti prego, bambino*. El señor Gimeno se detuvo en seco y yo me quedé inmóvil, como si se me hubiese quedado electrocutado todo el cuerpo. Entonces el señor Gimeno gritó mi nombre, *Carlos, ¿no oyes?, vamos, Carlos, atiende a la señora*, y entonces fui hacia aquella mesa temblando como quien va hacia la cámara de gas, y al verme, la Cortese alzó sus gafas de sol hasta abandonarlas sobre la diadema y desde su inmenso par de ojos verdes me dijo *¡Ah, Carletto, Carletto! Para mí tú serai Carletto a partir di questa jornata*, mezclando idiomas, y remató: *Carletto, per favore, un cappuccino*.

Conquistado por la vergüenza me guarecí en el interior del bar y les dije al señor Gimeno y a Tonet, el otro camarero, lo que me había pedido la italiana. Tonet, ante los ojos pasmados del señor Gimeno y los míos, dijo que esa era la forma que tenían muchos italianos de tomar el café, y que sabía que se ponía nata y chocolate -puede que algo más; Tonet no lo descartaba-, pero que desconocía en qué cantidades y de qué modo. Salimos entonces el señor Gimeno y yo tras él, como si fuese su perro lazarillo, y aquél le dijo que ese día no había cappuccino, que se nos había acabado, y ella, visiblemente contrariada dijo, *¡Porca miseria, finito cappuccino, porca miseria!* Y entonces, como si se conformara, dijo aceptar un *caffè spagnolo*, pero dirigiéndose a mí, como si el señor Gimeno no existiera, terció: *Scusi Carietto, spero domani il mio cappuccino, ¿capisco?* Yo, temblando de miedo, asentí. Nunca había visto de cerca un ser tan hermoso y dudaba que en el futuro me pudiera encontrar con alguien que pudiera superar aquella magnífica visión.

Nadie en el pueblo sabía cómo se hacía un cappuccino. Alguien dijo haberlo visto en alguna película, pero claro, en las películas no suelen dar las recetas. Al final a Tonet se le ocurrió llamar a su primo Vicente, que estaba de chef en el restaurante del Hotel Mindoro de Castellón, probablemente el mejor de la capital, y el bueno de Vicente nos dio su receta, que se la había confiado sólo unos meses antes un artista italiano de paso por La Plana y que al parecer era la receta del famoso restaurante Don Lisander de Milán: se trataba de servir el café muy caliente hasta la mitad de la taza, batir leche caliente hasta obtener suficiente cantidad de espuma y verterla sobre el café. Finalmente, espolvorear un poco de canela y chocolate rayado sobre la espuma.

Al día siguiente la Cortese se acercó al bar frizando el mediodía. Portaba un incontestable rostro de enfado porque según decían los técnicos había tenido una fuerte discusión con Franco Fabrizzi, otro de los actores italianos del reparto. Dio un par de palmadas al aire y me llamó, *¡Carletto, Carletto, il mio cappuccino, súbito!* Y entonces yo, sonriendo, dije *¡Súbito signorina Cortese, subito il suo cappuccino!* En cuanto la vieron llegar, entre Tonet y el señor Gimeno se pusieron a montar la infusión, y cuando entré en el bar ya estaban acabando de espolvorear el chocolate y la canela. Pusieron la taza sobre una bandeja como si se tratara de un valioso tesoro y yo enfilé con la misma sobre mis manos el camino hacia la mesa de la actriz como si con aquél gesto me dejase columpiar en mi propio destino. Desde el entoldado la veía nerviosa y bella, con las

gafas de sol caladas y dando lametazos violentos a su *Chester*. Al ver el cappuccino hizo una mueca de desconcierto, como si aquello no fuera lo esperado por ella, con lo que tras abandonar el servicio sobre su mesa empecé a temblar y huí de allí como un conejo espantado. Cuando me disponía a cobijarme en el bar oí de nuevo ¡*Carletto, Carletto!*, y Tonet y el señor Gimeno me miraron como queriendo derivar en mí toda la responsabilidad por el brebaje. *Signorina Cortese, usted dirá*, balbucí, y entonces la actriz, en un perfecto español y muy serio, me dijo, *Carletto ¿quién ha hecho este cappuccino?* Asumiendo mi papel de único culpable en el fiasco dije, *Yo, signorina, lo he hecho yo, scusi*. Entonces la Cortese se abalanzó sobre mí y me dio un beso sonoro en la mejilla -el primero que yo recibía de una mujer, fuera de los familiares-, y entonces me sobrevino una oleada de placer bañada en un perfume denso, caro y penetrante, y después del beso, ella acabó de un sorbo con su cappuccino y dijo, ¡*Questo es bocatto di papa, Carletto, bocatto di papa!* Y también dijo que no había probado en su vida un cappuccino tan delicioso como aquél, ni siquiera en Milán, su ciudad, donde dijo que hacían los mejores de toda Italia. ¡Quién iba a pensar que una mujer de mundo como aquella, que conocía países de todos los continentes y había hecho películas con los mejores actores y directores, encontrara la dicha en una infusión perpetrada a golpe de apresurada receta dictada por teléfono! En el gozo de sus ojos tras degustar aquél extraño café yo percibí el verdadero sentido de la felicidad, tan intenso como fugaz, apareciendo en nuestras vidas de modo aislado, inesperado, y alejándose seguramente con la misma celeridad.

Y así fue como nació el *cappuccino Papa Luna*, que en poco tiempo se convertiría en una de las especialidades de nuestro bar, una mañana luminosa y mágica en que la Cortese dejó sobre la bandeja dos duros, en vez de los dos reales que costaba un café, y ni Tonet ni el señor Gimeno se atrevieron a reclamar derechos de autor sobre la infusión.

Al día siguiente todos esperábamos con fruición la llegada de la Cortese para tomar su cappuccino, pero la actriz no apareció por allí. Pensamos que el rodaje se habría prolongado más de lo normal, pero a media tarde, cuando los técnicos recogían como cada día sus bártulos para preparar el rodaje del día siguiente, un tipo bajito y de rostro aceitunado que sólo hablaba italiano se acercó al bar y preguntó por *il bambino Carletto*. Me identifiqué y, en su desmesurada exposición, creí entenderle que me traía algo de parte de la señora Cortese, y en efecto, después de bastante asegurarse que yo era el bambino Carletto, me entregó una caja cuadrangular envuelta en papel de regalo con un sobre cerrado pegado a su superficie. Apenas pude entender que me transmitía las excusas de la actriz por haber dejado el rodaje -según parece ya había terminado sus escenas en la película- sin despedirse de mí.

En el interior de la caja había una hermosa corbata de seda de una sastrería de Milán, y en el pequeño sobre adherido a aquélla una tarjeta manuscrita donde decía, *Per Carletto, a tutto il mio cuore. Valentina Cortese*. Leyendo esas letras a las que he vuelto continuamente estos años hube de admitir, como si de una premonición se tratara, que la vida a partir de entonces sería para mí como aquél cappuccino con la Cortese: a ratos sublime, pero en ocasiones también amarga. Y que habría que salir a su encuentro.

Carlos del Pozo Manzanares

Segundo Accésit II Certamen Literario “Villa de Cuéllar” de Relatos Cortos

Junio 2009